

**EDITORIAL**

Rafael Termes, un hombre cabal

Ayer murió Rafael Termes, que no ha sido una persona cualquiera. Merece un apunte editorial, no sólo por haber acumulado innumerables cargos, reconocimientos y distinciones, haber sido presidente durante una década de la patronal bancaria, y haber enseñado a buena parte de los ejecutivos y profesionales que dirigen hoy nuestras empresas. Hay, sobre todo, dos razones de peso por las que debe ocupar un espacio en la historia de nuestro país. La primera es su rigor intelectual. La contundencia en sus juicios, compatible con la tolerancia hacia los discrepantes que ha exhibido, es la causa del respeto general que siempre ha suscitado la presencia de su figura, tan diminuta como inquietante. La segunda razón para el reconocimiento es que Termes ha sido en España, en los últimos años, el principal apóstol del pensamiento liberal, el más señero, su más conspicuo punto de referencia. Su pérdida resulta especialmente dolorosa para EXPANSIÓN, que, desde sus inicios, ha hecho de la defensa del pensamiento liberal su principal seña de identidad. En los tiempos de turbulencias que vivimos, dominados por un intenso relativismo, Termes supo describir con gran sencillez el atributo que distingue a un liberal de otro que no lo es; de un socialista, por ejemplo. En su opinión, la diferencia consiste en la manera en que uno y otro percibe la realidad en orden al bien común. El liberal piensa que la cooperación social para el bien común se logra a través de las actuaciones de los individuos, quienes, buscando su propio interés, crean el orden espontáneo, resultado de la acción humana, pero no de designio, y que este orden conduce a los mejores resultados posibles. En cambio, el socialista tiene la fatal arrogancia, que diría Hayek, de pensar que la mente de un solo individuo -o de un conjunto de funcionarios a los que, por serlo, se les supone certeros y bondadosos- es capaz de construir un orden social con mejores resultados que los que proporcionaría la actuación de los innumerables agentes que, procesando la información de una manera imposible de explicar y que sólo el mercado sabe hacer, generan, sin proponérselo, riqueza y bienestar para todos. Termes, sin medias tintas, concluía: o se es liberal, partidario del orden espontáneo, o se es socialista, es decir, constructivista. A pesar de la caída del muro de Berlín, a pesar del constatado fracaso de las experiencias dirigistas, éste sigue siendo, bajo formulaciones distintas, el gran debate. Termes nunca tuvo duda sobre cuál era el camino acertado. EXPANSIÓN tampoco.